# *Romance de la princesa*

Cuenta una historia muy antigua, que en la oscuridad serena
—cuando las gentes se duermen y los astros se pasean—,
muestra la princesa errante su bermeja cabellera
para llevarse a un joven, a un mancebo de alma tierna.

Hace tiempo, yo era niño cuando escuché esta leyenda.
Una bella y rica infanta —su nombre nadie recuerda—
enamorose de un joven campesino de su hacienda.
El desdichado salía de su finca jornalera,
dándole gracias a Dios por su ventura y simpleza,
cuando parado en el campo la infanta lo vio entre sémolas.
Su bello cuerpo tostado por un sol de ardiente esfera
vuelve a la niña en mujer. El alado dios no espera
y lanzole un dulce dardo que amor de la dama aumenta.

Le hizo llamar un buen día, como a dueño le venera,
pero el joven asustado su dulce beso estropea
y sus requiebros rechaza. Mas tiernas manos de seda
tocan resueltas su frente —sus sentidos la espolean—
y el amor como una malla al jornalero enreda.
El rostro alba de la amante dibujaba una promesa,
sus ojos le confesaban: —seré tu fiel compañera.
Y así su muerte sentencia. Las palabras embelesan
al rendido campesino y su pura esencia entrega
a los divinos designios. Pasión funesta y confesa.
Cuerpos de sudor perlados, consumada la tragedia,
miran tranquilos al cielo y a la luna se encomiendan.
Los pobres duermen confiados. Se enteró el rey de esta afrenta
y ordenó matar al joven amante de su heredera.
Sin culpa y sin perdón en el calabozo le echan.
La niña, ahora mujer, pide a su rey —¡indulgencia!,
pero el señor la rechaza, era un plebeyo, —¡qué ofensa!
Al campesino mataron delante de la princesa.

Todos los días llora, su espíritu se envenena
y muere su corazón. Ya no va a misa, no reza,

no piensa en nada más que solo matar y ser muerta.
En silencio su venganza coge forma en su cabeza.

Matar quiere a su rey padre al salir la luna espera,
no tiene miedo por su alma, el infierno no le apena.
La daga lleva escondida, bañarla en sangre desea.
Cuando se acerca a su padre su odio se apodera de ella,
le clava el puñal con rabia, florecen las azucenas.
Se sentó loca en el trono —la corona entre las piernas—,
busca tras los ventanales a quien la noche regenta
para mostrarle sus manos manchadas de roja ofrenda.

La diosa se tiñe el pelo, morada ya es su melena.
En su gris rostro una lágrima cae de su lunar esfera
sobre el pecho ennegrecido de la criminal doncella.
Sujeta queda por un hilo que la ata para siempre a ella.
Los ojos abre asustada, su frágil mente despierta
pero ya es demasiado tarde. Huye rota de sus tierras
trastornada por el dolor. Ante su acto desespera,
impropio de su linaje la condenan las estrellas.
Aurora granate y púrpura la luna se le presenta.
De rodillas le suplica: —escucha a tu más sincera
y humilde seguidora. Mi amada luna, mi dueña,
si la muerte es mi destino, verlo una vez más quisiera.
Por mirar el rostro amado habrá valido la pena
condenar mi alma inmortal. —Eso dijo la princesa.

La reina del cielo escucha y a las tres parcas serena.
Le concede su deseo a cambio de una condena,
morará errante en las noches sedienta de sangre llena.
La infeliz agradecida el pacto lunar sella.
Desde lo alto se lanza, su eternidad encadena.
Pero durante un instante a su amado balancea
entre sus níveos brazos, fijo su rostro, le observa.

Ahora suenan suspiros en la noche de la sierra
cuando a buscar su comida sale una rara y roja fiera.
Sus ojos sin vida fueron antaño brillantes gemas,

sus dos mortíferas garras  emblemas de delicadeza,
sus afilados colmillos  las más estimadas perlas.

Cuenta una leyenda antigua,  que en noches de luna llena
muestra una bestia errante  su bermeja calavera
para devorar a un joven,  a un mancebo de alma tierna.